

PALABRAS LIMINARES
BREVE HISTORIA DE ESTE NUMERO, JUSTIFICACION,
AGRADECIMIENTOS

POR

ALFREDO A. ROGGIANO
Director de la «Revista Iberoamericana»

La idea de publicar un número de la *Revista Iberoamericana* dedicado a las letras cubanas de las últimas décadas, como parte de la serie dedicada a cada uno de los países de Iberoamérica, surgió de una conversación con Lisandro Otero, entonces presidente de la UNEAC e invitado al Congreso de nuestro Instituto, realizado en la Universidad de Stanford en 1985. Con anterioridad a esa fecha, Enrico Mario Santí había propuesto un número similar que sería patrocinado por la Universidad de Cornell, propuesta que no prosperó debido al traslado de Santí a la Universidad de Georgetown, en Washington. Pero la idea de Santí quedaba reforzada con el entusiasmo y actitud en favor del número de Lisandro Otero, quien me invitó a ir a Cuba para concretar detalles sobre la preparación del mismo. Antes de viajar a La Habana pedí al profesor Santí que fuera el director-invitado para que se encargara de hacer una lista de colaboradores cubanos de Estados Unidos y de otros países a fin de enviarles una circular, firmada por él y por mí, explicando nuestro propósito e invitándolos a colaborar. La colaboración de Santí fue inmediata y efectiva y las invitaciones fueron despachadas por la Secretaría del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana sin demora, en tanto que mi viaje a Cuba se realizaba por la misma fecha: abril de 1987.

En La Habana fui colmado de atenciones, en una atmósfera de cooperación que permitió formar un comité, presidido por Armando Hart, ministro de Cultura, e integrado por Fernando Rojas, rector de la Universidad; Lisandro Otero, presidente de la UNEAC; Roberto Fernández Retamar, director de La Casa de las Américas, y un grupo selecto de escritores y críticos, como Cintio Vitier, Pablo Armando Fernández, Antón Arrufat, Angel Augier, Miguel Barnet y Salvador Bueno, entre los más destacados.

Reynaldo González, de la UNEAC, quedó encargado de recoger y enviar las colaboraciones para el número, lo cual se hizo al año siguiente, en mi segundo viaje a La Habana, también invitado por la UNEAC; institución a la que nunca podré agradecer lo suficiente su generosidad y decidida colaboración. Las colaboraciones que no pudieron ser entregadas en mi segundo viaje a Cuba, lo fueron por Lisandro Otero en México, durante el Congreso de nuestro Instituto, en agosto de 1988. No todos los que prometieron colaborar pudieron hacerlo, y así tenemos que lamentar, entre otras, la ausencia de Roberto Fernández Retamar, quien había quedado a cargo de la presentación de la poesía cubana de las últimas décadas, vacío que se hace demasiado evidente en el número. A todas las personas y a las instituciones antes mencionadas agradezco infinitamente su tan valioso apoyo, sin el cual no hubiese sido posible conocer, seleccionar y apreciar lo publicado en Cuba desde la década de 1950 y la revalorización que desde entonces ha venido haciendo la crítica cubana, sobre todo de escritores del siglo XIX. Sabemos que hay ausencias notorias, pero no ha sido por una selección unilateral el hecho de que falten figuras que debían estar presentes, tanto entre los creadores como entre los estudiosos y críticos, sino porque al momento de escribir esta nota quedan sin llegar trabajos prometidos y no es posible ya seguir demorando la publicación de lo que ha llegado.

Por lo demás, el material enviado excede los límites de lo programado y nos hemos visto obligados a distribuirlo en un número doble; según un orden cronológico y por géneros literarios, y en otro especialmente dedicado a los escritores de las últimas décadas que han logrado una mayor trascendencia internacional, como Carpentier, Lezama Lima, Cabrera Infante, Sarduy y Arenas, sobre cada uno de los cuales se publicarán varios trabajos, algunos solicitados y otros elegidos entre los muchos que sobre dichos escritores han enviado colaboradores del Instituto y de la *Revista Iberoamericana*. Ojalá esta distribución no resulte demasiado arbitraria, ya que la hacemos para dar cabida, en razonable número de páginas, en volúmenes manuales, a la mayor cantidad de textos recibidos. Lo ideal hubiese sido publicar todos los textos en un solo volumen, pero razones prácticas de encuadernación y envío han prevalecido y deseamos que nuestros colaboradores lo comprendan. A ellos y a Enrico Mario Santí mi más profundo agradecimiento.